

Bodas y broncas

A menudo la profesión de auditoría suele asociarse con jornadas interminables que apenas permiten tener tiempo para otra cosa que no sea propiamente trabajar. No vamos a negar que hay días mejores y peores, pero incluso en los días en los que el trabajo no ocupa todo el día, el mero tiempo invertido en desplazamientos provoca que, cuando llegas a casa, te encuentres con que todos los establecimientos ya estén cerrados. Esto lleva a acumular tareas y recados en un fin de semana que, por desgracia, no siempre permite que uno haga todo lo que desea hacer. Una situación similar debió sucederle a una jefa de equipo, la cual no había sido capaz de encontrar el momento de realizar ciertas compras y se había visto forzada a posponerlas hasta que el tiempo se le echó literalmente encima.

La boda de una de sus mejores amigas estaba prevista dentro de tan solo tres días. Sin embargo, pese a tener la boda agendada desde hacía más de un año, todavía no había sido capaz de encontrar unos zapatos y unos complementos que conjuntaran a la perfección con el color de su vestido. Había valorado la idea de reutilizar algo que ya tuviera por casa, pero siendo una amiga tan cercana, el *look* tenía que ser cumplir las tres “e”: especial, elegante y exclusivo. Desgraciadamente, la semana en el cliente no pintaba halagüeña y todo hacía indicar que no iba a tener tiempo fuera del horario laboral para comprar todo lo que necesitaba. La solución pasaba por hacer una compra online, pero dado el poco tiempo hasta la boda y el riesgo a que los productos recibidos no fueran exactamente los que ella quería, descartó aquella idea. En vista de la situación, tan sólo quedaba una salida.

El miércoles había amanecido relativamente tranquilo: varios mails que no aparentaban urgencia y un gerente que no tenía previsto asomar la cabeza por el cliente hasta la tarde. Así pues, a media mañana, decidió que era buen momento para estirar las piernas. Cerró su ordenador, se dirigió a la junior que estaba con ella en el equipo y con voz autoritaria le dijo «cierra el portátil que nos vamos de compras». A no mucha distancia del cliente había un centro comercial bastante grande en el que, como suele ser habitual, las principales marcas y tiendas de moda tenían su propio espacio. La mañana fue ciertamente productiva. La jefa de equipo había logrado encontrar unos zapatos, varios complementos y algunas cosas más que, si bien no tenían nada que ver con la boda, también hacía falta adquirirlas. La junior por su parte se había limitado a acatar órdenes. Desde luego, pasar la mañana comprando no era el plan previsto, pero si su jefa de equipo lo había mandado, qué otra cosa podía hacer. Apenas llevaba unos pocos días en la empresa y aún no se veía con autoridad moral como para negarse a acompañarla. Eso sí, su rol durante toda la mañana se había limitado a ser una mera acólita cuya única labor era la de confirmar que todo lo que su senior había comprado era precioso (y obtenido a un precio más que razonable).

Con las manos llenas de bolsas y habiendo dado ya por finalizada la sesión de *shopping*, ambas se dispusieron a abandonar el centro comercial. Sin embargo, apenas unos metros antes de haber conseguido el objetivo, apareció frente a ellas el gerente del trabajo, quien había entrado al centro comercial a recoger un pedido antes de acudir al cliente. La cara de estupor de la senior, unida a la cantidad de bolsas que llenaba sus manos, delataba claramente que no había llegado al centro comercial apenas cinco minutos antes, sino que había estado dedicando gran parte de su mañana a estar de compras en lugar de estar trabajando. El gerente, no menos asombrado al toparse con las dos últimas personas que esperaba encontrarse, se limitó a saludar escuetamente a ambas sin darles tiempo a que pudieran argumentar alguna excusa y se despidió con un todavía más lacónico «luego nos vemos».

Aquella tarde, la jefa de equipo aprendió que la próxima vez tendría que organizarse mejor a la hora de realizar sus compras y a que las horas de ocio en horario laboral se pagan con creces. Seguramente la fiesta de la boda compensó la bronca que recibió por parte del gerente, pero desde luego, no era un precio que estuviera dispuesta a volver a pagar en un futuro.